



CAPÍTULO IV.

EL CASAMIENTO POR VENGANZA.

NOVELA.



ROGERIO, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion; clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no habia perdonado la vida á su hermano, sino para ejercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demas, con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prision. Con efecto, esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se tuvo como un justo castigo de su desapiadado corazon.

Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algun tiempo Rogerio sobre si les haria quitar la vida, temiendo que en edad mas avanzada no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se habia dado á su padre, resucitando un partido que todavía se sentia con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoneio Sifredo, su primer ministro, quien, para disuadirle de aquel intento, se encargó de la educacion del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del mas jóven, por nombre Don Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Ro-

gerio de que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su lealtad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad de Enrique, é hija única de la princesa Matilde. Púsole maestros que la enseñasen, y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza, por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, contaba un año menos que el príncipe, y estaba dotada de singular hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, se hallaba aun en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero no tenian libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dejaba el príncipe de lograr tal cual vez alguna ocasion para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á que le permitiese poner por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de órden del rey, se vió precisado á hacer un viage á unas de las provincias mas remotas de la isla; y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de Doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura, y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el príncipe habia confiado su proyecto, ejecutó esta obra con tanta diligencia como secreto.

Por esta puerta se introducian algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué no obstante confiada en las palabras que él le habia dado de que nunca pretenderia de ella sino los favores mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo, de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle cuando se viesse en aquella elevacion: este temor le causaba mucha inquietud. Tenia bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique.—Señora, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿cuál es el motivo de esa profunda tristeza?— Señor, respondió ella, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey vuestro

tio dejará presto de vivir, y vos ocupareis su lugar. Cuando considero lo que va á alejaros de mí vuestra nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no alcanza á calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad: no desconfío de vuestro amor; desconfío solamente de mi ventura.—Adorable Blanca, replicó el príncipe, obligárame tus temores, y ellos justifican mi pasion á tus atractivos; pero el escape á que llevas tus desconfianzas ofende mi amor, y (si me atrevo á decirlo) la estimacion que me debes. No, no; no pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree mas bien que tú sola serás siempre mi alegría y mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos?—¡Ah señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga serie de reyes, cuyo brillante himeneo añade nuevos estados á los vuestros; y tal vez ¡ay! vos correspondereis á sus esperanzas aun á pesar de vuestras mas firmes promesas.—¿Y por qué, repuso Enrique no sin alguna alteracion, por qué te anticipas á figurarte una idea triste de lo venidero? Si el cielo dispusiere del rey mi tio, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Así lo prometo, poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se conoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique; y lo restante de la conversacion se redujo á hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tio, pudiendo mas en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia á tiempo que ella salia del cuarto de su padre, un dia que él habia venido á la quinta de Belmonte á negocios importantes, quedó ciegameute prendado de ella; pidióse la á Sifredo al dia siguiente, y éste se la concedió; mas sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que Doña Blanca no habia sido sabedora.

Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto á Leoncio seguido de Doña Blanca.—Señor, le dijo aquel ministro, vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá, pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rey vuestro tio, y por su muerte que-

dais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. Al príncipe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses ántes de la grave enfermedad que padecia el rey, que poco á poco iba acabando con él. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dijo estas palabras:—Prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como á padre, y me alegraré de gobernarme por tus consejos; tú serás rey de Sicilia mas que yo. Dicho esto, se llegó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco...—¿Qué haceis, señor? le interrumpió Sifredo.—Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique; y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndole:—Recibid, señora, esta prenda de mi fé, y del dominio que os doy sobre mi voluntad. Tomóla Blanca, cubriéndose su hermosa cara de un honestísimo rubor, y respondió al príncipe:—Recibo con respeto las gracias de mi rey; pero estoy sujeta á un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro papel, para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto no habia descubierto su penetracion. Comprendió toda la intencion del príncipe, y le contestó diciendo:—Espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella.—Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispon todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo, y marchó á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, pensando mas en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza vestida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion, aunque con algo mas de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza,

la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este príncipe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco mas abajo. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia; y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenia en sustancia que, hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y que si no queria darle la mano de esposo, quedase escludido de la corona de Sicilia, y pasase ésta al infante Don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede espresar la pena que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando, acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el consejo, dijo así:—Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposicion del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado:—Acordaos, Leoncio, del papel que Blanca . . .—Señor, respondió Sifredo, interrumpiéndole con precipitacion, sin darle tiempo á que se esplicase mas, ese papel es este que presento al consejo. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tio. Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos, en la forma mas auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: *Viva el magnánimo rey Enrique*. Como era notoria á todos la aversion que este príncipe habia tenido siempre á la princesa, temian, no sin razon, que, indignado de la condicion del testamento, escitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las aclamaciones universales, que despedazaban secretamente el corazon del nuevo rey.

Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por mas que el príncipe quiso disimular su turbacion, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á responderle con



la cortesana atencion que ecsigia de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacia, y llegándose al oido á Sifredo, que por razon de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja:—¿Qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltais . . . —Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con entereza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del rey vuestro tío, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apénas dijo esto se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiendo resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la magestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que habia de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que, mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, granjearia á su favor con gracias á los grandes del reino, y afianzaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazado este designio se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza le confirmó lo que el gran canciller le habia dicho en público; pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon, ofreciendo su fé á la princesa, entró Blanca en la sala del consejo, adonde iba de orden de su padre á cumplimentar á la princesa, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique le decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola á Constanza:—Rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo. ¡Golpe terrible, que atravesó el corazon de la desgraciada Blanca! En vano se esforzó á disimular su pesar. Demudósele el semblante, encendiéndosele de repente, y pasando en un momento de incendio á palidez, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el desorden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada lejos del trato de la corte, y poco acostumbrada á ella. No sucedió lo mismo con el rey, quien perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó que, creyendo las apariencias, ya en su corazon le tuviese por un traidor. No habria sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en

el corazón de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podía causar al estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla cuanto antes.

Luego que llegaron á aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la habia prometido al condestable.—¡Santo cielo! exclamó trasportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre, ¡y qué crueles suplicios tenias guardados para la desgraciada Blanca! Fué tan violento su arrebato, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frio y pálido, cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de éste, viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo firme en su primera determinacion. Volvió Blanca en sí, mas por la fuerza de su mismo dolor, que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la prisa que se daba á socorrerla:—Señor, le dijo con voz casi apagada, me avergüenzo de que háyais visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tormentos, os librárá presto de una hija desdichada, que sin vuestro consentimiento se atrevió á disponer de su corazón.—No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre tí su poder. La pretension del condestable te dá honor; pues bien sabes que es el primer hombre del estado....—Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me habia hecho esperar....—Hija, dijo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que, en otras circunstancias, lejos de desaprobáarlo, yo mismo procuraria con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interés de su gloria y el del estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige: con todo eso, supuesto que no podemos luchar contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasión al rey podía dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono, y dá su mano á Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra: desempéñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra la inclinacion de su corazón, se determinaria por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto; pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima: el sentimiento de ver que habian pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique, y la precision, no casándose con él, de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de afliccion tan violentos, que cada instante era un nuevo tormento para ella. Si es cierta mi desgracia, exclamaba, ¿cómo es posible que yo resista á ella sin costarme la vida? Desapiadada suerte, ¿á qué fin me lisonjeabas con las mas dulces esperanzas, si habias de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas á otra cuando me prometes una fidelidad eterna! ¿Has podido tan pronto olvidarte de la fé que me juraste? Permita el cielo, en castigo de tu cruel engaño, que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen un veneno en tu fementido pecho, y que tu himeneo sea tan funesto como el mio. Sí, traidor; sí, falso; seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme de mí misma, y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasión. Ya que la religion no me permite darme la muerte, quiero que los dias que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias. Si conservas todavía algun amor hácia mí, será vengarme tambien de tí el arrojarme á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá á lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazón.

En esta dolorosa situacion pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del amor y del deber. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta á su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo dia al condestable á Belmonte, y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh, y qué dia aquel para Blanca! No le bastaba renunciar una corona, perder un amante amado, y entregarse á un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su angustia delante de un marido naturalmente zeloso y que le profesaba un vehementísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo, porque era ya suya, no se apartaba un momento de